

Cómo entra un técnico en una habitación

Mi respuesta: el huésped que mira no es un estorbo — es una oportunidad con condiciones. Se le acoge con naturalidad («claro, quédese — le voy contando»), se le explica en lenguaje llano lo que haces (la curiosidad atendida fabrica confianza) y se aprovecha para el diagnóstico fino: nadie conoce mejor los síntomas de esa habitación que quien duerme en ella. «¿Desde cuándo hace ese ruido? ¿Solo de noche?» — el huésped es tu mejor parte de avería.

Lo que se gestiona con mano izquierda: la conversación no puede alargar la reparación al doble ni distraerte de lo delicado. La fórmula es atención por ráfagas — trabajas, comentas, trabajas — y si la charla se desborda, el cierre amable: «le termino esto en cinco minutos y queda perfecto.»

Y lo que nunca: opinar del hotel o del estado de la instalación («esto está todo viejo» es sabotear tu propia casa), diagnosticar catástrofes en voz alta, aceptar propinas por «mirar otra cosita» fuera de parte sin registrarla, ni dejar que la cercanía rebaje el protocolo: sus cosas siguen siendo intocables aunque él esté delante invitándote a la confianza. La simpatía del huésped no sustituye tu método — te suena de la ficha 11, y en mantenimiento vale doble.